

Sigmund Freud: consideraciones sobre la guerra

Ángel González Alonso
Manuel Sánchez de Miguel
Ramón Alzate Sáez de Heredia
Universidad del País Vasco

Resumen

El presente artículo versa sobre las opiniones que Sigmund Freud mantuvo sobre la guerra. Recoge las ideas sobre la guerra a lo largo de su obra, su experiencia de la misma, las causas y su posible prevención.

Palabras clave: Sigmund Freud. Guerra. Paz. Educación. Pulsión.

Abstract

This paper collects Sigmund Freud's thinking about war. His ideas, experiences and causes are exposed, including his reflections about the possibility of war prevention.

Keywords: Sigmund Freud. War. Peace. Education. Drive.

«Tuvimos que dar la razón a Freud cuando afirmaba ver en nuestra cultura y nuestra civilización tan sólo una capa muy fina que en cualquier momento podía ser perforada».

STEFAN ZWEIG, 2003

Nos proponemos volver a interrogar a Sigmund Freud, acerca del ¿Por qué la Guerra? Y decimos volver a interrogar porque, ya Albert Einstein, en una carta desde Caputh, cerca de Postdam, el 30 de julio de 1932, lo hizo:

Estimado profesor Freud: La propuesta de la Liga de las Naciones y de su Instituto Internacional de Cooperación Intelectual en París para que invite a alguien, elegido por mí mismo, a un franco intercambio de ideas sobre cualquier problema que yo desee escoger me brinda una muy grata oportunidad de debatir con usted una cuestión que, tal y como están ahora las cosas, parece el más imperioso de todos los problemas que la civilización debe enfrentar. El problema es éste: ¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra? (Freud, 1933, p. 183).

No podemos, por razones obvias, dirigirle ninguna carta, como lo hizo Einstein, pero lo que si podemos hacer es volver una vez más nuestra mirada sobre sus escritos, sus cartas, sus opiniones y, hasta donde sea posible sus actitudes, para intentar entender su posición ante la guerra.

Sigmund Freud (1856-1939), conoció de cerca la guerra y sus consecuencias cuando contaba tan sólo diez años. (Guerra Austro-Prusiana). Cuando tenía 23 años, en el verano de 1879, fue llamado a realizar su servicio militar en condiciones no muy exigentes, manifestando su aburrimiento, hastío y repulsión. Se ausentó, incumpliendo el Reglamento, varias veces e incluso en alguna ocasión fue arrestado, como el día de su 24 cumpleaños. Por otra parte, para entretenerse y perder el tiempo lo menos posible se dedicó durante el período de servicio militar a la traducción de la obra de John Stuart Mill.

Cuando estalló la I Guerra Mundial (1914-1919) Sigmund Freud no sostuvo, inicialmente, una posición en contra. Tenía entonces cincuenta y ocho años. Según E. Jones (1989, p. 184) reaccionó de manera «entusiasta». Nuestra impresión por sus cartas y comentarios es que le preocupaba la guerra, el desenlace de la misma y, claro está, la suerte de sus familiares, sus condiciones de vida y también el porvenir del movimiento psicoanalítico, que si bien resultó en muchos aspectos notablemente perjudicado, también propició que algunos analistas movilizados a los hospitales de campaña pudieran dar a conocer los beneficios de la terapia psicoanalítica.

Para exponer nuestra visión de la posición de Freud, vamos a mostrar algunas de sus cartas antes de pasar a las consideraciones explícitas de Freud sobre la guerra. El 28 de junio de 1914 le escribía a Sándor Ferenczi: «Estoy escribiendo aún bajo la impresión del impacto del increíble asesinato de Sarajevo, cuyas consecuencias son imprevisibles». El 26 de julio de 1914 con motivo del ataque austro-húngaro a Serbia, Freud escribe a Abraham una carta en la que muestra más interés por la causa del psicoanálisis que por la de la guerra y en la que da la impresión de que no se hace una idea clara de lo que podía ocurrir:

Naturalmente es imposible prever si las condiciones nos permitirán celebrar el Congreso. Si la guerra sigue localizada en los Balcanes, todo irá bien. Pero los rusos son imprevisibles... A pesar de todo, por primera vez en treinta años me siento austriaco y con deseos de ofrecer a este imperio, no demasiado prometedor, otra oportunidad. En todas partes la moral es excelente. Además el efecto liberador de acciones valerosas y el seguro apoyo de Alemania contribuyen a ello en gran medida... Toda mi libido pertenece a Austria-Hungría.

Los ánimos patrióticos y militaristas de los que Jones (1989, p.34) por cartas como la anterior acusó a Freud, da la impresión de que duraron muy poco. El 28 de Diciembre de 1914 en una carta al escritor y psicopatólogo holandés Frederik Van Eeden, Freud ya analizaba la guerra bajo el prisma de sus conocimientos psicoanalíticos. Entre otras cosas, decía:

...Si usted observa ahora lo que ocurre en esta guerra –las crueldades e injusticias de que son responsables las naciones más civilizadas, la forma distinta en que juzgan sus propias mentiras y crímenes y los de sus enemigos y la falta de comprensión general que predomina- tendrá que admitir que el psicoanálisis ha estado acertado en ambas tesis...

En otro orden de cosas, la revista, *Jahrbuch für psychopathologische und psychoanalytische Forschungen*, fundada en 1908, editada por Jung y cuyos directores eran Bleuler y Freud dejó de editarse al comenzar la guerra europea. En carta a Sándor Ferenczi (17/XI/1918) se expresaba Freud en los siguientes términos: «También nuestro psicoanálisis ha tenido mala suerte. Tan pronto como comenzó a interesar al mundo a causa de las neurosis de guerra, la guerra llega a su fin». Para nosotros este comentario a su amigo Sándor Ferenczi es uno de los muchos ejemplos que pueden avalar la fina ironía de Freud. El caso es que habían podido celebrar el Congreso de Budapest, (28 y 29 de septiembre de 1918) organizado por Ferenczi y dedicado monográficamente a las neurosis de guerra. Fue el primero al que asistieron representantes de los gobiernos de Austria, Alemania y Hungría. Las razones, como señala P. Gay (1989, p.423) eran eminentemente prácticas: «la creciente apreciación del papel desempeñado por las neurosis de guerra en los cálculos militares».

Freud en ausencia de pacientes reúne una serie de escritos bajo el título de *Metapsicología*, siendo de nuestro interés el titulado: «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte». (1915) Comenzaremos con un párrafo, menos conocido, del trabajo redactado en 1915 y titulado «Lo Perecedero», en él resume Freud, permítasenos la paradoja, los logros de la guerra:

La plática con el poeta tuvo lugar durante el verano que precedió a la guerra. Un año después se desencadenó ésta y robó al mundo todas sus bellezas. No sólo aniquiló el primor de los paisajes que recorrió y las obras de arte que rozó en su camino, sino que también quebró nuestro orgullo por los progresos logrados en la cultura, nuestro respeto ante tantos pensadores y artistas, las esperanzas que habíamos puesto en una superación definitiva de las diferencias que separan a pueblos y razas entre sí. La guerra enlodó nuestra excelsa ecuanimidad científica, mostró en cruda desnudez nuestra vida instintiva, desencadenó los espíritus malignos que moran en nosotros y que suponíamos domeñados definitivamente por nuestros impulsos más nobles, gracias a una educación multiseular. Cerró de nuevo el ámbito de nuestra patria y volvió a tornar lejano y vasto el mundo restante. Nos quitó tanto de lo que amábamos y nos mostró la caducidad de mucho que creíamos estable. (1915, p. 2119).

Aunque sus opiniones pueden rastrearse a lo largo de toda su extensa obra, fundamentalmente las expresa en un artículo y una carta, recogidos ambos en sus obras completas. El primero: «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte» (1915) fue escrito muy probablemente por presiones del editor de la revista *Imago*, Héller, y es incomprensible que pasara la censura.¹ La carta es la contestación que dirige a Albert Einstein en julio de 1932. En el artículo citado, «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte» Freud condena rotunda e inequívocamente la guerra, sus medios y sus fines. Es un artículo que seguiríamos calificando de «actual». En él expresa, la dificultad de erradicación de la guerra «mientras los pueblos vivan en tan distintas condiciones de existencia y sean tan violentas las repulsiones

1. M. Schur (1980) considera que denota un innegable valor publicar este ensayo en un momento de exaltado patriotismo y se pregunta si evidencia cierta ilustración o tan sólo un ejemplo de la característica ineptitud austríaca.

entre ellos». En el mismo artículo se ocupa también del Poder y dirige sus críticas contra los estados y sus gobiernos y los hace responsables de la situación. Denuncia su doble moral, o moral hipócrita en dos direcciones: la primera, entre el estado y el individuo.

Los ciudadanos pueden comprobar en la guerra algo que sólo vislumbran en la paz; comprueban que el estado prohíbe la injusticia al individuo, no porque quiera abolirla sino porque pretende monopolizarla. El estado combatiente se permite todas las injusticias y violencias que deshonrarían al individuo.

Habíamos escrito que se ocupa del Poder, estaría mejor dicho, del monopolio del Poder. La segunda dirección de la moral hipócrita se refiere a los enemigos, con los que utiliza: «La mentira a sabiendas y el engaño consciente. Se desliga de todas las garantías y convenios que había concertado y manifiesta su poderío y su sed de codicia». Apenado, escribe en su Autobiografía (1925):

Así, cuando años después, y durante la guerra europea, fue acusada Alemania de barbarie por sus enemigos, hubo de serme muy doloroso no hallar en mi propia experiencia razones que me impulsaran a contradecir tal acusación.

Alude también a la propaganda que: «Incapacita a los individuos con un exceso de ocultación de la verdad y una censura que los deja indefensos y sometidos». Sabía bien Freud y así lo afirmaba, que la primera víctima de la guerra es la verdad. La ciencia es también objeto de sus críticas al perder, en palabras suyas, su «imparcialidad desapasionada». Considera incluso que:

Los mejores cerebros se muestran cerrados e impermeables a los más vigorosos argumentos y manifiestan también una credulidad, exenta de toda crítica, para las afirmaciones más discutibles. Tratan de extraer de la ciencia armas con las que combatir al enemigo.

Podemos afirmar que a partir de 1920, con la publicación de: «Más allá del principio del placer», donde postula las pulsiones destructivas, Freud va a explicar cualquier tipo de agresión, guerras incluidas, en función de las mismas. Freud propuso su segunda teoría sobre las pulsiones en el libro «Más allá del principio del placer» (1920), después de que con el descubrimiento del narcisismo la anterior teoría pulsional, en la que oponía las pulsiones sexuales y las de autoconservación o del Yo, quedara invalidada. El problema que se le presentó fue la imposibilidad de explicar los comportamientos agresivo-destructivos del ser humano. Para resolver el problema Freud opuso a las pulsiones de Vida, producto de la integración de las sexuales y de autoconservación o del Yo, las pulsiones de Muerte.

Partimos más bien de una decidida separación entre instintos del yo e instintos de muerte, e instintos sexuales o instintos de vida. Nos hallábamos dispuestos a contar entre los instintos de muerte a los supuestos instintos de conservación, cosa que después rectificamos. Nuestra concepción era dualista desde un principio y lo es ahora aún más desde que denominamos la antítesis, no ya instintos del yo e instintos sexuales, sino instintos de vida e instintos de muerte. (1920, p. 2535).

Como vemos Freud plantea dos tipos de pulsiones, de Vida y de Muerte, antagónicas, si bien, pueden coaligarse.

La pulsión de autoconservación es sin duda de naturaleza erótica, pero justamente ella necesita disponer de la agresión para conseguir su propósito. (1933, p. 3212).

Refiriéndose a la agresión escribe:

En condiciones que le sean favorables, cuando desaparecen las fuerzas psíquicas antagónicas que por lo general la inhiben, también puede manifestarse espontáneamente, desenmascarando al hombre como una bestia salvaje que no conoce el menor respeto por los seres de su propia especie. Quien recuerde los horrores de las grandes migraciones, de las irrupciones de los hunos, de los mogoles bajo Gengis Khan y Tamerlán, de la conquista de Jerusalén por los píos cruzados y aun las crueldades de la última guerra mundial, tendrá que inclinarse humildemente ante la realidad de esta concepción. (1930, p. 3046).

Retomará Freud el tema tres años después, a instancias de Einstein ya que éste le escogió como interlocutor.

Sería –escribe Einstein- para todos nosotros un gran servicio que usted expusiese el problema de la paz mundial a la luz de sus descubrimientos más recientes porque esa exposición podría muy bien marcar el camino para nuevos y fructíferos modos de acción (30/VII/1932).

A pesar de que no le entusiasmó la tarea remitió a Einstein una extensa carta que ha sido titulada en sus obras completas «El porqué de la guerra» (edición 1973) y también «¿Por qué la guerra?» (edición 1979). En ella reitera alguno de los planteamientos anteriores, tanto del artículo de 1915, «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte», como de «El porvenir de una ilusión» (1927) y de «El malestar en la cultura» (1930). Freud va a apoyar sus opiniones en su segunda teoría de las pulsiones: pulsiones eróticas versus pulsiones destructivas, en la concepción de la cultura como proceso, desarrollado en «Totem y Tabú» (Freud, 1913), en sus estudios sobre la represión y en el mecanismo de la sublimación.

Para Freud la guerra es un fracaso en el desarrollo de la civilización, por cuanto entiende que la sociedad reposa sobre un crimen colectivo (parricidio del macho dominante poseedor del poder de la horda) que deriva en la prohibición de matar, incluso a los enemigos, como consecuencia del desarrollo cultural.

Además supone una regresión, en el más puro sentido psicoanalítico y, en todos sus órdenes; tópico, temporal y formal. En el orden tópico supone una irrupción de lo irracional sin prácticamente ningún tipo de controles. Todos sabemos que en la guerra el fin justifica los medios y que nos guiamos por la moral de que todo vale y todo está permitido. En el orden temporal, visto desde el desarrollo de la civilización y sus distintas etapas, supone una regresión de los valores de la civilización a los de la barbarie. En el orden formal, adoptamos comportamientos más primitivos. Somos menos capaces de matizar, desde el punto de vista intelectual, también más influenciables y sugestionables, menos diferenciados de las opiniones dominantes... más gregarios, en suma.

No extraña que todo esto indigna a cualquier individuo civilizado y Freud lo era. Lo diremos como se lo dice él a Albert Einstein:

¿Por qué nos indignamos tanto contra la guerra, usted, y yo, y tantos otros? ¿Por qué no la aceptamos como una más entre las muchas dolorosas miserias de la vida? Parece natural; biológicamente bien fundada; prácticamente casi inevitable. La respuesta es que todo hombre tiene derecho a su propia vida, que la guerra destruye vidas humanas llenas de esperanzas; coloca al individuo en situaciones denigrantes, lo obliga a matar a otros, cosa que no quiere hacer; destruye costosos valores materiales, productos del trabajo humano, y mucho más... Todo eso es verdad, y parece tan innegable que uno se asombra al observar que las guerras aún no han sido condenadas por el consejo general de todos los hombres. (1933, p. 3214).

Algunos de los factores que Freud señala como preventivos de las guerras desde una perspectiva psicológica, que es la que él puede aportar, son los que siguen. Uno, afirmado ya en 1915, es el que hoy denominamos como «imagen del enemigo». En este sentido afirma Freud que:

Los pueblos deben adquirir comprensión suficiente de sus elementos comunes y tolerancia bastante de sus diferencias como para no fundir en uno sólo los conceptos de extranjero y enemigo.

En esta cuestión Freud parece un maestro del análisis de la estrategia militar. Evitar confundir al extranjero con el enemigo haría más difíciles las guerras, fundirlos las favorece. Proyectar sobre el enemigo todas las iniquidades, además de deshumanizarle, acentúa el miedo al otro y favorece la identificación con los propios (identificación patriótica). Si bien Freud expresa su convencimiento de que cualquier comunidad humana se mantiene unida merced a dos factores: El imperio de la violencia y los lazos afectivos que ligan a sus miembros. Entiende que el primero de ellos, la violencia, es no sólo el peor para mantener unida a la comunidad, sino también el más inestable y perjudicial ya que los oprimidos desarrollan una creciente hostilidad contra dicha situación. Es también de la opinión de que lo que se une por la fuerza o se mantiene unido por ella, tiende siempre a separarse. En esto el resurgimiento de los nacionalismos en el seno de Europa parece darle la razón.

Para Sigmund Freud será todo aquello que establezca vínculos afectivos entre los hombres, unido al desarrollo cultural lo que actuará contra la guerra. Así el problema se convierte en un problema de educación. En el terreno práctico, Freud entiende que:

Sólo sería posible impedir las guerras si los hombres se ponen de acuerdo en establecer un poder central al cual se le confieran la solución de todos los conflictos de intereses. (1933, p. 3210).

Freud parece estar de acuerdo con la creación, entonces, de la Liga de Naciones. Consideró también que, paradójicamente, el miedo a la destrucción mutua podría favorecer la causa de la paz: «La angustia ante los efectos de una guerra futura que significara el exterminio total de uno de los dos contendientes o de ambos». Juzgue el lector si considera ésta entre las causas que evitaron el enfrentamiento entre la URSS y los EEUU en el período denominado de la Guerra fría.

Concluyendo, Sigmund Freud se confesó pacifista por razones «orgánicas» y no sólo afectivas e intelectuales. Le indignaba la guerra porque la consideraba la máxima y mejor expresión de la estupidez humana, porque supone el triunfo de la irracionalidad sobre la inteligencia, el regreso a la barbarie y el fracaso de la civilización:

Creo que la causa principal por la que nos alzamos contra la guerra es la de que no podemos hacer otra cosa. Somos pacifistas porque por razones orgánicas debemos serlo (1933, p. 3214) –y, más adelante– «La guerra contradice de la manera más flagrante las actitudes psíquicas que nos impone el proceso cultural, y por eso nos vemos precisados a sublevarnos contra ella, lisa y llanamente no la soportamos más. La nuestra no es una mera repulsa intelectual y afectiva, es en nosotros los pacifistas, una intolerancia constitucional, una idiosincrasia extrema, por así decir y hasta parece que las demandas estéticas de la guerra no cuentan mucho menos para nuestra repulsa que sus crueldades. (1933, p. 198).

Por ello, aunque sin demasiadas dosis de esperanza, propuso algunas acciones encaminadas, si no a impedir definitivamente las guerras, a generar las condiciones para dificultar sus estallidos. Propuso medidas que contribuyen a lo que hoy denominamos «Educación para la Paz». La más reiterada: la educación, el fortalecimiento del conocimiento. Un conocimiento no idealizado, sino real de nosotros mismos, los seres humanos, con nuestros ideales y nuestras pasiones. Eso facilitaría el triunfo de Eros, deseo que manifiesta Freud en el último párrafo de «El malestar en la cultura». Allí, apoyándose en su teoría pulsional, apela a Eros, antagonista de las pulsiones de destrucción. Y, también en la carta a Albert Einstein propone que: «Todo lo que establezca vínculos afectivos entre los hombres debe actuar contra la guerra» (1933, p. 3213) y «Todo lo que impulse la evolución cultural obra contra la guerra» (1933, p. 3215). Amor y Conocimiento, Eros y Logos, son las propuestas de Freud.

Bibliografía

- GAY, P. (1990): *Freud. Una vida de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Paidós.
- FREUD, S. (1913): *Tótem y Tabú*. Buenos Aires, Hispanoamérica.
- (1915): *Lo perecedero*. Vol. II (edición 1973). Madrid, Biblioteca Nueva.
- (1915): *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. Vol. II (edición 1973). Madrid, Biblioteca Nueva.
- (1920): *Más allá del principio del Placer*. Vol. II (edición 1973). Madrid, Biblioteca Nueva.
- (1925): *Autobiografía*. Vol. III (edición 1973). Madrid, Biblioteca Nueva.
- (1930): *El malestar en la cultura*. Vol. III (edición 1973). Madrid, Biblioteca Nueva..
- (1933): *El por qué de la guerra*. Vol. III (edición 1973). Madrid, Biblioteca Nueva.
- (1933): *¿Por qué la guerra?* Vol. XXII (edición 1979). Buenos Aires, Amorrortu.
- FERENCZI, S. (1919): *Psicoanálisis de las neurosis de guerra*. T. III (edición 1981). Madrid, Espasa-Calpe.
- JONES, E. (1989): *Vida y Obra de Sigmund Freud*. Vol. 1. Buenos Aires, Horme.
- SCHUR, M (1980): *Sigmund Freud. Enfermedad y muerte en su vida y en su obra*. Vol. 2. Buenos Aires, Paidós.
- ZWEIG, S. (2003): *El mundo de ayer*. Barcelona, El Acantilado.